6/7
Carnets///
Gruenter,
Martelli,
Kinsky, Joyce,
Levin

Domingo 7 de febrero de 1993

PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

Primer Diccionario DE LA Joven Narrativa Argentina I

Son escritores, son jóvenes —sus edades van desde los veinticinco a los cuarenta años—, publicaron tras el restablecimiento de la democracia en editoriales de primera línea de Buenos Aires: son los hacedores de la nueva narrativa argentina. **Primer Plano** los presenta en una guía biográfica y bibliográfica, para que se sepa quiénes son, cómo escriben, qué piensan de la literatura, qué opinan sobre la realidad. Esta primera edición del diccionario incluye a los jóvenes narradores desde la A a la F y la reflexión de una mayor: Alicia Steimberg (páginas 2, 3, 4, 5 y 8).

8 Los menores vistos por un mayor: *Alicia Steimberg*

La literatura

Las preguntas

1) ¿Qué esperaba de la literatura cuando era lector y qué espera ahora que es, además, escritor?

2) ¿Reconoce alguna tradición literaria? ¿Cuál es el libro de autor nacional que más influyó en su escritura? ¿Cuál no querría escribir nunca?

3) ¿Leyó a los demás escritores de su generación? ¿Se siente partícipe o al margen de lo que escriben?

4) Cuando escribe, ¿piensa a veces en algún tipo de lector? ¿Y en su editor?

5) ¿Establece relaciones entre sus textos y su ideología? ¿Considera necesario ese vínculo?

Daniel Ares

Nació en Buenos Aires hace treinta y seis años. En 1986 se instaló en Bariloche, donde se dedicó inicialmente a la locución radial y luego a la coordinación de turismo estudiantil, experiencias que se reflejan en su primera novela, *La curva de la risa* (De la Flor, 1992). Desde su regreso a Buenos Aires ha ejercido el periodismo en *Somos*, *Noticias* y *Teleclic*. Su segunda novela, *Las colinas de junio*, aparecerá este año también en De la Flor y en este momento, mientras atiende una *pousada*, Canto de los Pájaros, en el balneario de Arraial d'Ajuda (Bahía, Brasil), escribe una tercera, *Diario de un maluco*.



FRAGMENTO de la Parte I, Introducción, "El novato", de *Las colinas de junio* (texto inédito).

"Antes que nada dejemos en claro que les hablo de un auténtico novato, un pendejo de veinticuatro años que apenas empezaba en el periodismo cuando estalló la Guerra de las Malvinas y apurado por un semanario de actualidad se convirtió en corresponsal y entró en un delirio que iba a durar dos meses, algo más de dos meses, setenta y cuatro días de balanza durante los cuales vivió en Tierra del Fuego, alcanzó Puerto Argentino, ambuló por todo el Frente Sur y fue de la euforia al miedo por el delicado alambre del sinsentido de todo y manteniendo el equilibrio entre soldados que iban a morir mañana y putas que ya estaban muertas. Setenta días que algún día tenía que contar.

"Y conste además que el novato que les digo venía de una vida distinta, años de oficinas, de empleos a desempleos, de cadete corbatudo a burócrata matasellos, de vendedor ambulante a lavacopas de verano, hasta que un día decidió —en busca de su oficio y presionado por el reloj que no paraba de contar— que el Periodismo Argentino no podía prescindir un minuto más de un tipo con sus condiciones."

RESPUESTAS

1) Cuando era lector esperaba que me contaran historias; ahora espero poder contarlas, que interesen y gozar escribiendo.

2) La línea Louis Ferdinand Céline, Henry Miller, J.D. Salinger y de allí para adelante. Junto a ellos me educaron los narradores norteamericanos: Edgar Allan Poe, Herman Melville, William Faulkner. El libro de autor nacional que más me influyó: *Los siete locos*, de Roberto Arlt. No querría escribir ningún libro de otro: sólo los propios.

3) No los leí, y por eso mismo desconozco si soy o no partícipe de su escritura.

4) En cuanto al lector, pienso en una "banda" personal, una banda de amigos que pretendo se amplíe si gusta lo que escribo. Ahora, por ahí empiezo a pensar en el editor, algo que antes no era posible porque no tenía ninguno.

5) Supongo que tal relación sí existe y es inevitable, pero la ideología de que se trata no es sino filosófica y vital.

Criterio de esta edición

Para seleccionar los autores de este diccionario de la nueva narrativa argentina se consideró a aquellos escritores nacionales de entre veinticinco y cuarenta años que publicaron libros tras el restablecimiento de la democracia en una editorial de primera línea de Buenos Aires, entendiendo por editorial de primera línea a las de difusión masiva en librerías. El orden de presentación de los autores es el alfabético, por lo cual esta primera entrega alcanza a de la A a la F. Se solicitó a los jóvenes narradores (excepto a algunos que no pudieron se hallados, casos en los que el staff de **Primer Plano** seleccionó los materiales) una breve reseña biográfica, un fragmento de una obra (en lo posible inédita) y respuestas a un breve cuestionario.

Producción: Marcos Mayer, Miguel Russo y Gabriela Esquivada.



Sergio Bizzio

Nació en Villa Ramallo en 1956. Publicó dos libros de poemas, *Gran salón con piano* (1982) y *Mínimo figurado* (Ultimo Reino, 1989), además de la plaquette *Paraguay* (Mickey Mickeranno, 1991). Es autor de dos obras de teatro *Un Fausto criollo*, estrenada en el Teatro Municipal General San Martín en 1991, y *El hospital de los podridos y otras maravillas*, estrenada en el Teatro Nacional Cervantes en 1990. *El divino convertible* (Catálogos, 1990) e *Infierno Albino* (Sudamericana, 1992) son sus novelas editadas, mientras que *Son del Africa* y *El animal gourmet* lo serán próximamente.

FRAGMENTO de *El animal gourmet* (texto inédito).

"Nicasio Méndez volvió al amanecer. La noche se abría como una cortina, el campo se iba iluminando paso a paso delante suyo. Un espectáculo. Había seguido las huellas hasta el río, había remado hasta la primera de las islas frente a El Paraíso, una red salvaje impenetrable con una alianza de arena alrededor, donde no habían desembarcado las huellas del campo, y, luego de cortar en dos una yarará al vuelo, había emprendido el regreso cargando con la humillación anticipada de llegar a casa con nada más que las riendas del caballo entre las manos. Remando, furioso, le había llamado la atención el hecho de ver, a pesar de la oscuridad, el marrón amarillento del agua. Cosas. Pero en mitad del cruce una lucecita se le vino encima de repente, multiplicándose para formar una cruz a medida que salía de una curva en el cauce del río. Un barco. Nicasio remó enloquecido..."

RESPUESTAS

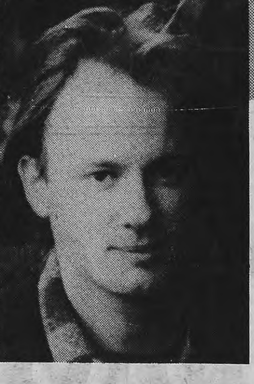
1) Cuando era solamente lector quería ser astronauta. Ahora que además "soy" escritor, me siento muy bien aquí arriba.

2) No, me doy vuelta y no veo nada. Sospecho (mirando todavía hacia atrás) que *todo* lo que leí debe formar parte de "alguna tradición", aunque la desmesura de esa sospecha sea un puro Efecto de Cuestionario. Tampoco veo el Libro de Autor Nacional que más influyó en mi escritura. ¿Y qué libro no querría escribir nunca? Miro hacia adelante y enmudezco.

3) Leí a los demás escritores de mi generación. Excepto como lector, ¿de qué otro modo podría sentirme partícipe o al margen de lo que escriben?

4) Escribo para mí. No pienso en el lector, tampoco en el editor. Claro que, después, llega la noche...

5) Absolutamente. Mis novelas y mis poemas *son* ideología: el Ying y el Yang (la deliciosa nimiedad, el dolor de tu vida...), y a un costado del paisaje, pesando palabras en balanzas de tela de araña, un narrador siempre sobrio aunque bello, talentoso y feliz.



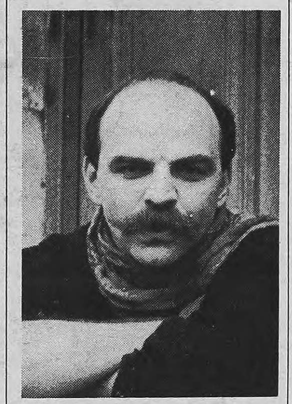
Esteban Buch

Nació en Buenos Aires en 1963, y once años más tarde se trasladó junto con su familia a Bariloche. Desde 1983 se desempeña como crítico cultural, en especial de música, en medios regionales como el diario *Río Negro* y nacionales. Protagonizó *Juan, como si nada hubiera sucedido* (1987), película de Carlos Echeverría con guión de Osvaldo Bayer que narra la historia del único desaparecido de Bariloche. Su primera novela es *El pintor de la Suiza argentina* (Sudamericana, 1991). Reside en París, Francia.

FRAGMENTO de *El pintor de la Suiza argentina*.

"Bajo los toldos de la colectividad alemana no es difícil ver los ojos claros de un ex artillero del 'Graf Spee', el barco alemán derrotado por la armada inglesa en 1939 en el Río de la Plata: Rudolf Gtze. De esos marineros, también sobrevive Herr Fusswinkel. Otro ya murió: el padre del actual cónsul alemán y presidente de la Cámara de Comercio, Jorge Bochert. Herr Wolf, por su parte, llegó desde un submarino. Varios desembarcaron con un pasado mucho más denso. Apellidos barilochenses.

Muchos de los italianos que venden pizza no quieren saber nada con Mussolini, pero algunos añoran aún el tiempo de las casacas negras. Uno de ellos, ya muerto, solía tener en su casa un busto del Duce: Pino Cattaneo di Tirano."



Martín Caparrós

Nació en Buenos Aires en 1957. Durante 1973 trabajó en el diario *Noticias*. Es licenciado en Historia. Hizo periodismo deportivo, cultural, gastronómico, político y policial en diversos medios gráficos, radiales y televisivos. Fue editor de los mensuarios *El porteño* y *Babel* y jefe de redacción de *Página/30*, donde aparecieron las crónicas de viaje por las que recibió el Premio Rey de España. Publicó *Ansay o los infortunios de la gloria* (Ada Korn, 1984), *No velas a tus muertos* (De la Flor, 1990), *La noche anterior* (Puntosur, 1990) y *Larga distancia* (Planeta, 1992).

FRAGMENTO de *La Historia* (texto inédito).

"Cada uno de ellos era dueño de un fragmento perfecto. Una nariz, un pecho, un ojo —dos ojos—, una verga, un hocico, una cara de perfil, de frente, de tres cuartos derecho, una barba, un plumaje. El serrallo quedó convertido en un rompecabezas majestuoso. Mi padre usaba de cada uno de ellos con detenimiento, con delectación, con conciencia de lo elevado de su gesto. Inventaba combinatorias lamentables, afortunados cruces, y agregaba a una boca los mejores muslos, a una nuca el lomo más peludo, a un tobillo anchuroso la cintura desbordante y el cachete tan rojo. La obra se recomponía noche tras noche, finita pero interminable, y las criaturas esperaban su turno, siempre prontas, vestidas con el uniforme de fajina: un envoltorio de algodón negro que les recubría pringosamente todo el cuerpo, salvo un solo agujero que dejaba al descubierto la parte que cada cual era. Un pintor de la casa intentó en esos días pintar esas combinaciones, y los intolerables esperpentos debieron ser apartados de la vista de los hombres: herían la mirada con estocadas demasiado completas, rebosantes de la realidad de lo imposible.

"Ella, de cuyas andanzas previas nada se sabe, fue, en el serrallo de mi padre Taruca, como queda dicho, las rodillas."

RESPUESTAS

1) Hubo un momento fatal en que empecé a esperar ser escritor. Ahora espero escribir.

2) Sí. Una tradición literaria. Si fuera argentina, sería una que describe como nadie los camellos para demostrar que son nefastos, primero que proclama orgullosa su desaparición, después; y que termina por descubrir que los camellos son unas aves lampiñas flaquitas que sólo van al teatro durante la Cuaresma y la forma repetida en que se horada la tapa de una lata y un color muy verdoso.

El libro que más me influyó es *Ansay o los infortunios de la gloria* y el que no querría escribir es el volumen XLVI de la *Anglo-American Cyclopaedia* (edición de 1917). O viceversa.

3) Algunos me interesan, uno o dos me dan envidia —a veces—, y con un par de ellos —esos dos o tres, probablemente— tengo la extraña sensación de que lo que hacen me incumbe o, incluso, me incluye. También hay muchos que me parecen demasiado enfáticos en su búsqueda de lo menor.

4) No pienso en ningún tipo. Hace años que estoy intentando, cuando escribo, pensar en lo que escribo. No es poco.

5) Sí. Mi ideología se coge periódicamente a mis textos. A veces les gusta, a veces no. La necesidad del acto sexual me parece materia de otra discusión.

NARRATIVA I

continúa



Emilio Cócaro

Nació en Buenos Aires en 1954. Es periodista y colabora en el suplemento literario de *La Nación*, donde publicó varios ensayos además de numerosos comentarios bibliográficos. Artículos de su autoría aparecieron también en *La Capital*, de Rosario, y en *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca. Es coautor del libro *Florida, la calle del país*, que en 1990 obtuvo en Primer Premio Municipal de Literatura en la categoría Ensayo. Publicó una novela de ciencia ficción, *El laserista* (Colombo, 1987) y dos libros de cuentos y ensayos, *Relatos imposibles* (1990) y *Los ojos de Dios* (Emecé, 1992). También en Emecé publicará este año *El hombre que buscaba a Satán*.

FRAGMENTO de *Los ojos de Dios*.

"El último sabio sobre la Tierra

"El último sabio sobre la Tierra será un hombre pequeño, calvo, con gruesos lentes, que se recluirá en su laboratorio y se cubrirá el rostro con las manos para llorar sin consuelo como un niño que ha perdido a su padre, porque habrá descubierto que Dios no existe."

RESPUESTAS

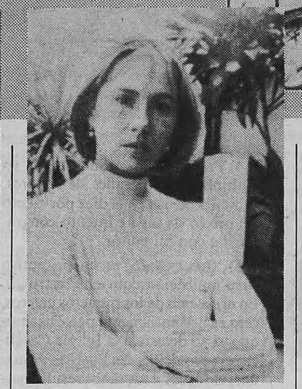
1) Me inicié en la literatura leyendo ciencia ficción. Quería entrar en el mundo del futuro. Ahora, que ya estamos viviendo el futuro, quiero transmitir ideas y ficciones, sin otra pretensión que la de no quedar "golpeando en las puertas del cielo", según decía Bob Dylan y repiten hoy los Guns N'Roses.

2) Sí, aunque me duele admitirlo, la tradición literaria anglosajona. Es muy difícil definir cuál libro de autor nacional me influyó; podría ser *Ficciones*, de Jorge Luis Borges, pero tengo mis reservas al respecto. También es difícil definir cuál libro no querría escribir nunca; tal vez esos odiosos ensayos sobre política y liberalismo que hoy pululan en los anaqueles de las librerías.

3) No sólo los leí: los leo. Sentirme partícipe o alejado depende de la vertiente o inclinación que muestran. Me siento casi al margen de la literatura "esotérica", y más cerca de lo que en ciencia ficción, a veces, se denomina *hard* o, más recientemente, el subgénero *cyberpunk*.

4) No pienso en un lector, decididamente no, ya que no escribo "por encargo". En cuanto al editor, la misma respuesta.

5) Sí, existe una relación, pero no premeditada. Es que no puedo evitarlo. Aunque también mis estados de ánimo influyen en lo que escribo, quizá más que la ideología. Tal relación no es "necesariamente" necesaria; se presenta sin que yo la llame.



Esther Cross

Nació en Buenos Aires en 1961. Cursó estudios de Letras y es licenciada en Psicología. Ejerció su profesión y la abandonó para dedicarse a la literatura. En 1986 publicó *Bioy Casares a la hora de escribir* (Tusquets). Con algunos de sus cuentos obtuvo el Primer Premio en el Concurso Héctor Murena de la SADE y menciones en el Juan Rulfo Internacional y el Manuel Mujica Lainez. *Crónica de alados y aprendices* (Emecé, 1992) es su primera novela; la segunda, *La inundación*, aparecerá este año también en Emecé, mientras escribe una tercera.

FRAGMENTO del relato *El romance del dragón*.

"Eran clarines o trompetas o cuernos. Resonaban en el bosque enloqueciendo a los pájaros. Un búho octogenario, importunado por el ruido, estuvo a punto de perder el equilibrio. Galgos y mastines de tamaño considerable, un jabalí roncaba su carrera demencial, galope de caballos, una maraña de carne y de huesos. No comprendí, en medio del desorden, quién perseguía a quién, y vi a la linda Ute —el pelo negro noche, los ojos de diamante— gritando en medio de lo que era, supe después, una verdadera cacería. Por defenderla fue que salí al paso. Con un barrido de cola eché al aire jauría, jabalí, comité de caza. Me agaché cuanto pude y la enfrenté sin rodeos, pestañeando en señal de admiración, con las alas plegadas y los ojos entornados para no encandilarla. En ese descuido, la cruel Ute soltó una aparatosa carcajada."

RESPUESTAS

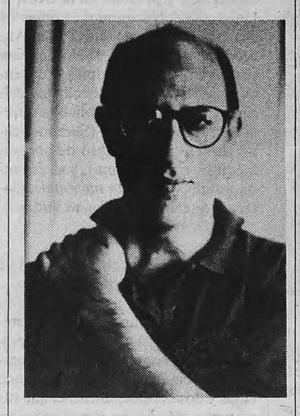
1) La lectura me dio, desde siempre, una felicidad inesperada. Escribir es otra forma de esa felicidad que espero, sí, poder brindar a los demás. A veces pienso que se trata de una respuesta, aunque todavía ignoro cuál es la pregunta que formulo al leer o escribir.

2) Creo que no reconozco tradición alguna. En todo caso, esa posibilidad fue interrumpida. Pienso en la tradición (paradójica) que comienza y termina con Jorge Luis Borges o Alejandra Pizarnik, entre otros. Puede que eso sea tradicional en la Argentina. Me influyeron los cuentos de Borges, de Horacio Quiroga y de Silvina Ocampo; el *Facundo*, *Dormir al sol* y *Una sombra donde sueña Camila O'Gormann*. No querría escribir ninguno de esos mismos libros porque prefiero, humildemente, la grata sorpresa de leerlos al desmedido afán —y la consecuente frustración— de intentar escribirlos.

3) Los leo. No me siento ni partícipe ni al margen: al lado. Por ahora se trata sólo de una coincidencia histórica y, entonces, accidental. Me siento más cerca de algunos, sí, y también de ciertos "jóvenes" de hace noventa años.

4) Al escribir pienso exclusivamente en la historia que cuento. Soy la única lectora y quizá represente a un lector imaginario y astuto que hay que conquistar. Tampoco pienso en el editor que, por otro lado, no me impone ninguna exigencia.

5) Más que obligatoria, la relación entre mis textos y mi ideología es inevitable, en la medida en que la intensidad y la honestidad en lo que se hace refleja invariablemente nuestras convicciones, en cualquier disciplina. Puede ser que esa misma honestidad exija el compromiso, si la libertad de expresión se halla amenazada.



Sergio Chejfec

Nació en Buenos Aires en 1956. Es licenciado en Letras y trabajó como periodista cultural. Publicó tres novelas, *Lenta biografía* (Puntosur, 1990), *Moral* (Puntosur, 1990) y *El aire* (Alfaguara, 1992) y está escribiendo una cuarta, *Los planetas*. En la actualidad reside en Caracas, Venezuela, donde dirige la revista *Nueva Sociedad*.

FRAGMENTO de *Los planetas* (texto inédito).

"Rato después, de pronto, nos encontramos. Antes nos habíamos despedido porque íbamos para distinto lado, y todavía recuerdo la acción de girar a la vez, darnos la espalda, y comenzar a caminar en sentido contrario. Pero a la media hora casi chocamos frente a un quiosco de diarios, junto a una esquina. Ninguno quiso admitir que pudiera haberse desviado, D. porfiaba con una convicción sólo equivalente a su falta de orientación, mientras yo intentaba demostrarle que se había perdido, sin lograr ver claro sin embargo. Ese encuentro imposible pareció desordenar la geografía. Que después de una calle venga la siguiente, y que más allá de una avenida, unas cuadras después, haya otra, es una verdad que habrá de sobrevivirnos (tan rigurosa es su evidencia que ya sucedió con D.), pero en ese momento, al preguntarme cómo podía ser, no percibí una sola sino muchas distorsiones, una confusión general: las calles se habían desvanecido; el oeste, por ejemplo, parecía una noción abolida de la realidad, una naturaleza borrada. Y nosotros lo más tranquilos recibiendo las señales de un desastre bajo la forma de una casualidad. Qué raro, dijo D., que haya pasado esto. Muchas veces pienso que los dos nos movemos por la ciudad como lo hacen los planetas, que siguiendo su trayectoria individual conservan una misma posición relativa, trazando rectas y diagramas uniformes. Pero de este modo no se mueven los planetas, lo corregí, serán en todo caso los 'astros'."

RESPUESTAS

1) ¿Qué puede esperarse de la literatura? Como esperar, no espero nada. A veces creo inadecuado pensar en términos de literatura, me sucede cuando se borran los lazos que me unen a ella. Es una entidad tan diversa e imprecisa; y verdaderamente frente a lo que tantos esperaron de ella y han logrado, muchas veces uno no puede sino hacer silencio.

2) No alcanzo a saber qué libro influyó más en mi escritura; pero, si se puede, señalaría cuál influyó más en mí: *Nadie nada nunca*, de Juan José Saer.

3) A duras penas consigo ser partícipe de lo que yo escribo. Entre nosotros existe una natural diversidad; esto ahora, no antes, resulta casi obvio. Varios de los autores de mi generación son también mis amigos, esto es casi natural. Si siempre fue inútil pensar en generaciones para aproximarse a los escritores, en nuestro caso también es innecesario: no compartimos de manera excluyente ningún conjunto de nociones o expectativas. Entre algunos pueden encontrarse las afinidades, pero también entre quienes no pertenecen a la generación.

4) Los escritores siempre creen ser más explícitos, incluso, llegado el caso, en su hermetismo, que el grado de explicitación encontrado por los lectores. La literatura pertenece al campo de las acciones premeditadas; no sólo es difícil encontrar un autor que haya escrito un libro contra su voluntad, sino también que no haya previsto hacerlo. Pero una vez escrito, el libro pertenece al campo de lo contingente. En el arte, al contrario de otras actividades, esto tiene un efecto particular ya que el artista se coloca, al crear, en los antípodas de la contingencia. Quizá por eso la literatura sea un poco vana y un tanto innecesaria, y la comunicación con el lector engañosa.

5) Estas relaciones me parecen fundamentales. La literatura establece una relación alegórica con la ideología del escritor. La literatura deriva del conjunto de valores y creencias del autor, y como está destinada a influir sobre la conciencia lingüística de la comunidad, también se revierte en ideología. El problema consiste en que no somos capaces de controlar ese vínculo; no depende de nuestra voluntad, sino de nuestra inteligencia. Y como por lo demás la literatura, aunque provenga de ellos, no sólo opera sobre un campo de discursos ideológicos, sino más bien de sentidos estéticos, existe un amplio margen para el desacierto o la fortuna.



Luis Chitarroni

Nació en Buenos Aires en 1958. Como periodista cultural colaboró en múltiples medios, entre ellos *Sitio*, *Cinegrafo*, *Tiempo Argentino*, *Claves*, *Xul*, *Escrita*, *Vuelta* —donde escribía la columna "El testigo oculista"— y *El Cronista*. En 1992 publicó su primer libro, *Siluetas* (Juan Genovese), conjunto de textos que a partir del album biográfico y de modo personalísimo iluminan la obra de escritores célebres, menos célebres y hasta ficticios; el segundo, *El sueño ajeno*, aparecerá este año en Bajo la Luna Nueva. Es asesor literario de Sudamericana, donde dirige la colección Narrativas Argentinas.

FRAGMENTO del relato *La copia de un gramo*.

"Entre el secreto y el misterio hay relaciones que nada tienen que ver con la literatura, y sin embargo el trabajo que cuesta establecerlas exige a menudo su colaboración o su intriga. Preferiríamos que no, que uno u otro prevaleciera, que a lo sumo se relevaran —*el secreto, el misterio*—, para que al fin todo sea conocimiento o ignorancia. El caso de Nora Fo, que trabajaba *con ese criterio*, tal vez pueda ayudarnos. Ella tenía esperanzas: una noticia —el secreto de la copia de un gramo de la Escuela de Dalencourt— iba a apoderarse del interés del mundo... Con ese criterio y con esa esperanza, y con el auxilio del catálogo de Samson Arbiter, había logrado redactar una monografía que casi nadie leyó; pero eso le importaba muy poco, porque cuando estuvo a punto de realizar un descubrimiento, la sombra del misterio se interpuso. Si bien el reino del secreto es la redacción, el misterio... Pero vayamos por partes."

RESPUESTAS

1) ¿Además? Si *de verdad* soy escritor, tal condición me sustrae, no me agrega. El Chitarroni que cree, pobre, siempre es el más engañado. Pero como yo soy yo y mi circunstancia, estoy acostumbrado a esperar siempre lo mismo de mí y de la literatura todo lo contrario.

2) Sí, claro que reconozco influencias, aunque mi vanidad sea reticente. Que la escritura lo revele sin que yo tenga que delatarlo es otra de las inmodestias típicas a la que no voy a renunciar. En cuanto al libro que no querría escribir nunca, el panorama es tan vasto y tan variado que temo que no podría escribirlo *aunque quisiese*.

3) No los he leído a todos, pero a muchos con admiración. Para la segunda parte de la pregunta tengo una respuesta del *marchand du sel*: ausencia de investigación en ese dominio.

4) Sí, y es divertido que el primero resulte más bajo y más viejo y el último más alto y más joven. Que yo y mi circunstancia.

5) Establezco esas relaciones. Ataco y defiendo, y a menudo estoy tentado de cambiar de bando por temor a la victoria.

Las preguntas

1) ¿Qué esperaba de la literatura cuando era lector y qué espera ahora que es, además, escritor?

2) ¿Reconoce alguna tradición literaria? ¿Cuál es el libro de autor nacional que más influyó en su escritura? ¿Cuál no querría escribir nunca?

3) ¿Leyó a los demás escritores de su generación? ¿Se siente partícipe o al margen de lo que escriben?

4) Cuando escribe, ¿piensa a veces en algún tipo de lector? ¿Y en su editor?

5) ¿Establece relaciones entre sus textos y su ideología? ¿Considera necesario ese vínculo?

Pablo de Santis

Tiene treinta años y ocho libros publicados, en su mayoría relatos y novelas para jóvenes: *Espacio puro de tormenta* (De la Serpiente, 1985), *El palacio de la noche* (De la Flor, 1987), *Desde el ojo del pez* (Sudamericana, 1991), *La sombra del dinosaurio* (Colihue, 1992), *Pesadilla para hackers* (Colihue, 1992), *Lucas Lenz y el Museo del Universo* (Alfaguara, 1992), *Historieta y política en los '80* (LetraBuena, 1992) y *El último espía* (Sudamericana, 1992). Alfaguara editará este año su novela "para grandes" *Las rosas en la oscuridad*. Jefe de redacción de *Fierro* hasta su cierre, con el número cien, en diciembre pasado, en la actualidad está a cargo de la revista de ilustración y diseño *Raf* y dirige una colección de novelas para jóvenes, La Movida, en Colihue.



FRAGMENTO de *Lucas Lenz y el Museo del Universo*.

"Con el tiempo fui recuperando distintas piezas para el Museo del Universo.

"Diez, exactamente. Algunas me llevaron poco tiempo de trabajo. Por ejemplo, en un solo día encontré una rudimentaria máquina voladora, fabricada con una bicicleta, que estaba en los fondos de la tienda de un anticuario. Tres días me llevó un cuervo embalsamado que había pertenecido a Edgar Allan Poe, y que él tenía frente a sí, con sus patas sobre el escritorio, mientras escribía el poema que lo tenía como protagonista.

Quince días tardé en dar con un caballo de madera que había girado, durante años, en una de las calesitas más antiguas. Tenía los ojos hechos con piedras azules. Lo hallé en una calesita de barrio, confundido entre Bugs Bunnys de yeso y autos de latón.

No todas las piezas tenían la misma importancia. Los criterios que se habían usado para recoger las piezas del Museo del Universo me parecían bastante caprichosos. Algunas cosas eran realmente valiosas, y era lógico que estuvieran allí. Otras parecían elegidas —y eran la mayoría, en realidad— por ser cosas raras, e inclusive algunas por motivos muy personales: nostalgia por los viejos juguetes, por las enciclopedias antiguas o por las máquinas inservibles."

RESPUESTAS

1) Como escribo desde que era muy chico, la escritura y la lectura me parecen actos complementarios e inevitables, remedios para melancólicos. De la literatura, como lector y como alguien que escribe, espero siempre lo mismo: una forma de evadirse de lo que uno vive, para volver después. Como los viajes: la gracia no está sólo en ir lo más lejos posible sino también en regresar con la ilusión de que algo ha cambiado.

2) Me interesa la tradición de la literatura fantástica argentina y sus alrededores: Borges, Bioy Casares, los rasgos de ciencia ficción en Arlt, Silvina Ocampo, hasta llegar, por ejemplo, a la última novela de Ricardo Piglia. En cuanto a los libros que me influyeron, puedo señalar el tomo verde (edición originaria de las Obras Completas) de Borges, y entre sus páginas el cuento "El aleph", y *Los siete locos—Los lanzallamas*. No se me ocurre ningún "peor libro"; los malos tienen la ventaja de que son olvidados con facilidad.

3) No leí casi nada de los escritores de mi generación porque leo con atraso, soy lector de mesas de oferta, librerías de viejo y Parque Rivadavia. Cuando leo algo, lo hago por un interés particular en determinado libro (excepto cuando es literatura de género, policiales o de terror, que es lo que más leo), pero no me interesa si el autor es joven o no, argentino o paquistaní. En cuanto a la segunda parte de la pregunta, no puedo decir que me siento al margen porque sonaría presumido: el margen se ha convertido en un lugar prestigioso y central.

4) No pienso en un lector concreto —y menos en un editor— sino en una especie de lector imaginario. Ese lector no es una categoría de mercado sino de estructura narrativa, y tiene que ver con el armado de una novela, con evitar la ilegibilidad y el aburrimiento.

5) Si hay una ideología, supongo que aparecerá. No creo que uno deba proponerse nada. Uno escribe una historia, pero no su sentido. La lectura me parece, por eso, una práctica más ideológica que la escritura.



Carlos E. Feiling

Nació en 1961 en Rosario. Licenciado en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Premio Academia Argentina de Letras), fue becario del CONICET y profesor en la UBA, la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, la Universidad de San Andrés y la Universidad de Nottingham (Reino Unido). Abandonó la docencia para dedicarse al periodismo cultural y la literatura. Publicó la novela *El agua electrizada* (Sudamericana, 1992), tiene un libro de poemas inédito (*Amor a Roma*), y su segunda novela, *Un poeta nacional*, aparecerá este año también en Sudamericana.

FRAGMENTO del capítulo VII de *Un poeta nacional* (texto inédito).

"Los brazos en jarras, Julio contempló el panorama. Como recibimiento no estaba mal. A apenas cuarenta y ocho horas de haber desembarcado en Taylor, sumaban cinco bajas y dos heridos, mientras que sus atacantes sólo debían lamentar los reflejos de Errandonea. Era una lástima que el muchacho hubiese degollado tan completamente al del poncho rojo. Se inclinó para darlo vuelta, pero tuvo que hincar la rodilla para hacerlo: los cadáveres pesan. En la boca entreabierta, durante un lapso que quiso prolongarse —obsceno y estrambótico— una burbuja de sangre se fue inflando poco a poco. Julio dudó unos segundos. Luego, rozando la parte más tensa con la yema del índice, interrumpió aquel morboso crecimiento."

RESPUESTAS

1) Lo que esperaba y espero es placer, pero placer también entendido como conocimiento y esa camaradería con otros que da haber leído cierto libro. Me gusta, como escritor, gustarle a personas que jamás hubieran imaginado disfrutando de una novela.

2) No sé si son tradiciones: la literatura latina, el Siglo de Oro en España, la literatura inglesa desde fines del siglo XVIII. Los libros que *no* quisiera escribir pertenecen al populismo de derecha (*Adán Buenosayres*), al de izquierda (*Rayuela*) y a un escritor primero sub y luego sobrevalorado, Roberto Arlt. Me resulta difícil pensar en novelas argentinas que me hayan influido, salvo quizá *Glosa*, de Juan José Saer, y *Sobras suele vestir*, de José Bianco. Los textos breves que seguramente fueron cruciales para mí son los de *El Hacedor*, de Borges, "La larga risa de todos estos años", de Fogwill, y el fragmento "Prosa cortada" de los *Poemas* de Osvaldo Lamborghini.

3) Los he leído, los leo. Me siento tan partícipe de lo que escriben como amigo de ellos.

4) Pienso en mí mismo, en mi yo multiplicado por miles de lectores. También pienso en el diez por ciento del precio de tapa e intento congraciarme con mi editor.

5) "Necesidad" es un sustantivo cuya aplicación conviene restringir. En el sistema de los números enteros, cero es necesariamente par. Digamos que, si yo detesto a la Iglesia Católica, el peronismo, las Fuerzas Armadas, el fútbol y los niños resulta bastante inevitable, aunque no necesario, que los curas, Menem, el Regimiento de Patricios, el difunto José María Muñoz y el jardín de infantes que está a la vuelta de casa queden mal parados en lo que escribo.



Marcelo Figueras

Nació en Buenos Aires en 1962. Trabajó como periodista en diversos medios: *Humor*, *El Porteño*, *Caín* (mensuario del que fue jefe de redacción), **Página/12** y *Clarín*, donde se desempeña en este momento como editor de la sección Espectáculos. También fue comentarista de música y cine en diversos programas televisivos. Escribió una biografía de Jim Morrison, guiones de historietas y videoclips y la novela *El muchacho peronista* (Planeta, 1992).

FRAGMENTO de *El muchacho peronista*.

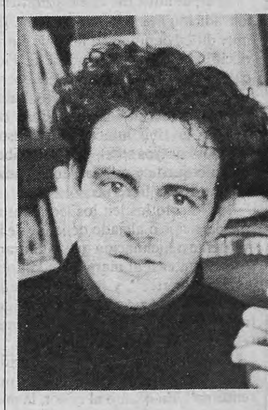
"Tenía el vientre al sol, y la nuca sumergida en agua o en sangre. No lo sabía bien y me daba igual. Desde esa posición en que había quedado por azar, como una taba, la colina se veía imponente. El tren había alcanzado la cima y comenzaba a perderse del otro lado. Parecía de juguete. Igual al Hornby a resorte que Sara me había regalado para Navidad, pero con una mejora sustancial: éste sí echaba humo, decidido, fiero humo negro. Por el rabillo del ojo redescubrí a Tardewski, acercándose a grandes zancadas que deformaban el corte del traje. La carota blanca volvió a acercarse a la mía —poco tiempo más tarde confirmaría su afección visual, una miopía que él ocultaba porque, decía, las mujeres no gustan de los tipos con lentes— y, al advertir vida en mis ojos abiertos, decidió alzarme".

Juan Forn

Nació en Buenos Aires en 1959. Publicó la novela *Corazones cautivos más arriba* (Emecé, 1987), las *Conversaciones con Enrique Pinti* (Emecé, 1990), el volumen de cuentos *Nadar de noche* (Planeta, 1991) y una antología de nueva ficción argentina publicada en España, *Buenos Aires* (Anagrama, 1992). Tradujo libros y textos breves del inglés y del portugués (Hemingway, Chandler, Salinger, Mc Inerney, Gandhi, Ziraldo). Fue asesor literario de Emecé entre 1984 y 1989 y desde entonces es director editorial de Planeta. Está escribiendo una novela titulada *Frivolidad*, que aparecerá en noviembre por venir.

FRAGMENTO de *Frivolidad* (tex to inédito).

"¿Qué decir de las mellizas Schiaf fino? Para empezar de alguna mane ra, que eran muy parecidas, al me nos físicamente, al menos hasta qu cumplieron dieciocho años. Sin en trar demasiado en el terreno de la psi cología barata, ya se sabe en qué s apoya todo narcisismo: en la quime ra ingenua, brutal, de ser único. H ahí una radiografía bastante precis de Valentina: nunca se le ocurrió pen sar que su hermana era la otra mi tad de esa entidad llamada melliza Schiaffino; a lo sumo, la veía com su reflejo. ¿A Consuelo le caía u mechón sobre la cara? Valentin constataba disimuladamente que s pelo estuviera impecable y se des preocupaba en el acto. Pero algo pa só entre ellas cuando tenían diecio cho años. Y, a partir de entonces, aspecto en general de ambas e inclu so sus facciones se fueron diferen ciando hasta volverlas tan disímile entre sí como el resto de los herma nos de este mundo. Valentina sigui sintiéndose igual a sí misma y no vi la menor razón para detenerse o des viar su rumbo, recto y filoso com el borde de una infinita hoja de afe tar. Consuelo, en cambio... Consue lo se irritaría si leyera estas líneas"



Las preguntas

1) ¿Qué esperaba de la literatura cuando era lector y qué espera ahora que es, además, escritor?

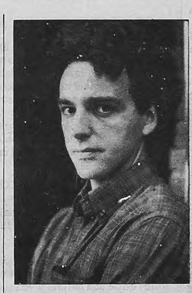
2) ¿Reconoce alguna tradición literaria? ¿Cuál es el libro de autor nacional que más influyó en su escritura? ¿Cuál no querría escribir nunca?

3) ¿Leyó a los demás escritores de su generación? ¿Se siente partícipe o al margen de lo que escriben?

4) Cuando escribe, ¿piensa a veces en algún tipo de lector? ¿Y en su editor?

5) ¿Establece relaciones entre sus textos y su ideología? ¿Considera necesario ese vínculo?

Pablo de Santis



Tiene treinta años y ocho libros publicados, en su mayoría relatos y novelas para jóvenes: *Espacio puro de tormenta* (De la Serpiente, 1985), *El palacio de la noche* (De la Flor, 1987), *Desde el ojo del pez* (Sudamericana, 1991), *La sombra del dinosaurio* (Colihue, 1992), *Pesadilla para hackers* (Colihue, 1992), *Lucas Lenz y el Museo del Universo* (Alfaguara, 1992), *Historieta y política en los '80* (LetraBuena, 1992) y *El último espía* (Sudamericana, 1992). Alfaguara editará este año su novela "para grandes" *Las rosas en la oscuridad*. Jefe de redacción de *Fierro* hasta su cierre, con el número cien, en diciembre pasado, en la actualidad está a cargo de la revista de ilustración y diseño *Raf* y dirige una colección de novelas para jóvenes, La Movida, en Colihue.

FRAGMENTO de *Lucas Lenz y el Museo del Universo*.

"Con el tiempo fui recuperando distintas piezas para el Museo del Universo.

"Diez, exactamente. Algunas me llevaron poco tiempo de trabajo. Por ejemplo, en un solo día encontré una rudimentaria máquina voladora, fabricada con una bicicleta, que estaba en los fondos de la tienda de un anticuario. Tres días me llevó un cuervo embalsamado que había pertenecido a Edgar Allan Poe, y que él tenía frente a sí, con sus patas sobre el escritorio, mientras escribía el poema que lo tenía como protagonista.

Quince días tardé en dar con un caballo de madera que había girado, durante años, en una de las calesitas más antiguas. Tenía los ojos hechos con piedras azules. Lo hallé en una calesita de barrio, confundido entre Bugs Bunnys de yeso y autos de latón.

No todas las piezas tenían la misma importancia. Los criterios que se habían usado para recoger las piezas del Museo del Universo me parecían bastante caprichosos. Algunas cosas eran realmente valiosas, y era lógico que estuvieran allí. Otras parecían elegidas —y eran la mayoría, en realidad— por ser cosas raras, e inclusive algunas por motivos muy personales: nostalgia por los viejos juguetes, por las enciclopedias antiguas o por las máquinas inservibles."

RESPUESTAS

1) Como escribo desde que era muy chico, la escritura y la lectura me parecen actos complementarios e inevitables, remedios para melancólicos. De la literatura, como lector y como alguien que escribe, espero siempre lo mismo: una forma de evadirse de lo que uno vive, para volver después. Como los viajes: la gracia no está sólo en ir lo más lejos posible sino también en regresar con la ilusión de que algo ha cambiado.

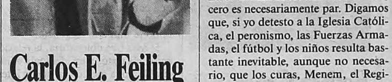
2) Me interesa la tradición de la literatura fantástica argentina y sus alrededores: Borges, Bioy Casares, los rasgos de ciencia ficción en Arlt, Silvina Ocampo, hasta llegar, por ejemplo, a la última novela de Ricardo Piglia. En cuanto a los libros que me influyeron, puedo señalar el tomo verde (edición originaria de las Obras Completas) de Borges, y entre sus páginas el cuento "El aleph", y *Los siete locos—Los lanzallamas*. No se me ocurre ningún "peor libro"; los malos tienen la ventaja de que son olvidados con facilidad.

3) No leí casi nada de los escritores de mi generación porque leo con atraso, soy lector de mesas de oferta, librerías de viejo y Parque Rivadavia. Cuando leo algo, lo hago por un interés particular en determinado libro (excepto cuando es literatura de género, policiales o de terror, que es lo que más leo), pero no me interesa si el autor es joven o no, argentino o paquistaní. En cuanto a la segunda parte de la pregunta, no puedo decir que me siento al margen porque sonaría presumido: el margen se ha convertido en un lugar prestigioso y central.

4) No pienso en un lector concreto —y menos en un editor— sino en una especie de lector imaginario. Ese lector no es una categoría de mercado sino de estructura narrativa, y tiene que ver con el armado de una novela, con evitar la ilegibilidad y el aburrimiento.

5) Si hay una ideología, supongo que aparecerá. No creo que uno deba proponerse nada. Uno escribe una historia, pero no su sentido. La lectura me parece, por eso, una práctica más ideológica que la escritura.

Carlos E. Feiling



Nació en 1961 en Rosario. Licenciado en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Premio Academia Argentina de Letras), fue becario del CONICET y profesor en la UBA, la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, la Universidad de San Andrés y la Universidad de Nottingham (Reino Unido). Abandonó la docencia para dedicarse al periodismo cultural y la literatura. Publicó la novela *El agua electrizada* (Sudamericana, 1992), tiene un libro de poemas inédito (*Amor a Roma*), y su segunda novela, *Un poeta nacional*, aparecerá este año también en Sudamericana.

FRAGMENTO del capítulo VII de *Un poeta nacional* (texto inédito).

"Los brazos en jarras, Julio contempló el panorama. Como recibimiento no estaba mal. A apenas cuarenta y ocho horas de haber desembarcado en Taylor, sumaban cinco bajas y dos heridos, mientras que sus atacantes sólo debían lamentar los reflejos de Errandonea. Era una lástima que el muchacho hubiese degollado tan completamente al del poncho rojo. Se inclinó para darlo vuelta, pero tuvo que hincar la rodilla para hacerlo: los cadáveres pesan. En la boca entreabierta, durante un lapso que quiso prolongarse —obsceno y estrambótico— una burbuja de sangre se fue inflando poco a poco. Julio dudó unos segundos. Luego, rozando la parte más tensa con la yema del índice, interrumpió aquel morboso crecimiento."

RESPUESTAS

1) Lo que esperaba y espero es placer, pero placer también entendido como conocimiento y esa camaradería con otros que da haber leído cierto libro. Me gusta, como escritor, gustarle a personas que jamás hubiera imaginado disfrutando de una novela.

2) No sé si son tradiciones: la literatura latina, el Siglo de Oro en España, la literatura inglesa desde fines del siglo XVIII. Los libros que *no* quisiera escribir pertenecen al populismo de derecha (*Adán Buenosayres*), al de izquierda (*Rayuela*) y a un escritor primero sub y luego sobrevalorado, Roberto Arlt. Me resulta difícil pensar en novelas argentinas que me hayan influido, salvo quizá *Glosa*, de Juan José Saer, y *Sobras suele vestir*, de José Bianco. Los textos breves que seguramente fueron cruciales para mí son los de *El Hacedor*, de Borges, "La larga risa de todos estos años", de Fogwill, y el fragmento "Prosa cortada" de los *Poemas* de Osvaldo Lamborghini.

3) Los he leído, los leo. Me siento tan partícipe de lo que escriben como amigo de ellos.

4) Pienso en mí mismo, en mi yo multiplicado por miles de lectores. También pienso en el diez por ciento del precio de tapa e intento congraciarme con mi editor.

5) "Necesidad" es un sustantivo cuya aplicación conviene restringir. En el sistema de los números enteros, cero es necesariamente par. Digamos que, si yo detesto a la Iglesia Católica, el peronismo, las Fuerzas Armadas, el fútbol y los niños resulta bastante inevitable, aunque no necesario, que los curas, Menem, el Regimiento de Patricios, el difunto José María Muñoz y el jardín de infantes que está a la vuelta de casa queden mal parados en lo que escribo.

Marcelo Figueras

Nació en Buenos Aires en 1962. Trabajó como periodista en diversos medios: *Humor*, *El Porteño*, *Caín* (mensuario del que fue jefe de redacción), **Página/12** y *Clarín*, donde se desempeña en este momento como editor de la sección Espectáculos. También fue comentarista de música y cine en diversos programas televisivos. Escribió una biografía de Jim Morrison, guiones de historietas y videoclips y la novela *El muchacho peronista* (Planeta, 1992).

FRAGMENTO de *El muchacho peronista*.

"Tenía el vientre al sol, y la nuca sumergida en agua o en sangre. No lo sabía bien y me daba igual. Desde esa posición en que había quedado por azar, como una taba, la colina se veía imponente. El tren había alcanzado la cima y comenzaba a perderse del otro lado. Parecía de juguete. Igual al Hornby a resorte que Sara me había regalado para Navidad, pero con una mejora sustancial: éste sí echaba humo, decidido, fiero humo negro. Por el rabillo del ojo redescubrí a Tardewski, acercándose a grandes zancadas que deformaban el corte del traje. La carota blanca volvió a acercarse a la mía —poco tiempo más tarde confirmaría su afección visual, una miopía que él ocultaba porque, decía, las mujeres no gustan de los tipos con lentes— y, al advertir vida en mis ojos abiertos, decidió alzarme".

Juan Forn

Nació en Buenos Aires en 1959. Publicó la novela *Corazones cautivos más arriba* (Emecé, 1987), las *Conversaciones con Enrique Pinti* (Emecé, 1990), el volumen de cuentos *Nadar de noche* (Planeta, 1991) y una antología de nueva ficción argentina publicada en España, *Buenos Aires* (Anagrama, 1992). Tradujo libros y textos breves del inglés y del portugués (Hemingway, Chandler, Salinger, Mc Inerney, Gandhi, Ziraldo). Fue asesor literario de Emecé entre 1984 y 1989 y desde entonces es director editorial de Planeta. Está escribiendo una novela titulada *Frivolidad*, que aparecerá en noviembre por venir.

FRAGMENTO de *Frivolidad* (texto inédito).

"¿Qué decir de las mellizas Schiaffino? Para empezar de alguna manera, que eran muy parecidas, al menos físicamente, al menos hasta que cumplieron dieciocho años. Sin entrar demasiado en el terreno de la psicología barata, ya se sabe en qué se apoya todo narcisismo: en la quimera ingenua, brutal, de ser único. He ahí una radiografía bastante precisa de Valentina: nunca se le ocurrió pensar que su hermana era la otra mitad de esa entidad llamada mellizas Schiaffino; a lo sumo, la veía como su reflejo. ¿A Consuelo le caía un mechón sobre la cara? Valentina constataba disimuladamente que *su* pelo estuviera impecable y se despreocupaba en el acto. Pero algo pasó entre ellas cuando tenían dieciocho años. Y, a partir de entonces, el aspecto en general de ambas e incluso sus facciones se fueron diferenciando hasta volverlas tan disímiles entre sí como el resto de los hermanos de este mundo. Valentina siguió sintiéndose igual a sí misma y no vio la menor razón para detenerse o desviar su rumbo, recto y filoso como el borde de una infinita hoja de afeitar. Consuelo, en cambio... Consuelo se irritaría si leyera estas líneas".



Rodrigo Fresán





Nació en Buenos Aires en 1963. Como periodista —en los últimos ocho años— ha escrito en *Página/12*, *Página/30*, *Claudia*, *Clarín*, *Sur*, *Pelo*, *Estación 90*, *Diners* y *Cuisine & Vins*, entre otros medios. Es autor de *Historia Argentina* (Planeta, 1991) —cuyos cuentos han aparecido en antologías argentinas, españolas y británicas— y de *Vidas de Santos*, que será publicado en mayo próximo también por Planeta.

FRAGMENTO del cuento "El descenso a los cielos", de *Vidas de Santos* (texto inédito).

"La bestia que he visto ya no es y siempre —desde el mismo ingreso de los primeros datos a la rigidez circular de mi memoria— supe que quería ser santo. Hablé con los pájaros, trepé a columnas, conocí el delirio amarillo de los ayunos y la caricia de una camisa revestida de púas los días de guardar. (...) Hablo y escribo sobre la persona que fui con la misma interesada desconfianza que otros dedican a la cerradura de sus microscopios para así observar la magnificación de lo desconocido y cotidiano. Hablo y escribo con la soberbia que apenas esconde un terror secreto: todas las historias parecen —por momentos— negar a esa locomotora que las arrastra a una feliz y segura terminal y preferirse vagones sueltos, piezas de una trama que no conoce la dictadura de horarios y pasajeros pero sí la existencia cierta de un destino insospechado y perfecto y final."

RESPUESTAS

1) Como lector puro —aunque siempre supe que terminaría escribiendo— la literatura nunca me "dejó esperando". Siempre estuvo ahí todo lo que necesité para sentirme feliz y privilegiado. Como escritor/lector ambiciono que mi obra despierte en otros la misma felicidad que provocó en mí el impulso de ciertos textos; que cimente la vocación de aquellos quienes, de improviso, se sienten dueños de historias que sólo ellos pueden contar. Y que las escriban. Y leerlas con placer y saludable envidia. Y que la rueda continúe girando.

2) Buscar tradiciones literarias donde pedir asilo me parece cada vez más un ejercicio tan cansador como inútil. Prefiero dejarlo a los críticos y a los académicos. Por otra parte, ¿son las tradiciones aquellos textos anteriores a los que voluntaria o involuntariamente nos parecemos? ¿Son las tradiciones aquellas historias que admiramos intimidados y de lejos sabiendo que nunca podremos hacerlas nuestras, que no somos dignos, pero que aún así nos inspiran? Creo que firmar contrato de alquiler con una determinada tradición acaba limitando y caricaturizando al escritor. A veces me gusta pensar que los mejores libros son aquellos que configuran toda una tradición en sí mismos. O viceversa. Así, *El sueño de los héroes* influyó en mí porque —por perfecto— nunca intentaría escribirlo. Así —por elegir uno de tantos y por razones que nunca comprendí del todo— jamás querría ser autor de *Rayuela*, aunque alguna vez me gustaría poder terminar de leerlo.

3) Creo que el haber leído a los demás escritores de mi generación —no a todos— es el máximo grado de participación que puede sentir un escritor en la obra de otro. Algunos me gustan más, otros no tanto, unos pocos me leen antes de la publicación y me aconsejan casi siempre con inteligencia. Pero nada me parece más imposible que sentirme cómplice o "partícipe" de lo que escriben. Puedo disfrutar la escritura ajena pero nunca sentirme involucrado o responsable. En la escritura, afortunadamente, estamos todos solos y —como bien justificó T.E. Lawrence su predilección por el desierto— me gusta mi oficio "porque es limpio".

4) Pienso en el lector —que hay *en mí*—, intento una suerte de desdoblamiento objetivo donde —si lo que escribo no me resulta particularmente interesante— es obvio que no tiene por qué resultarle interesante a segundos y terceros. No conozco a ningún escritor que —por más que lo niegue— no busque el interés y, finalmente, la aprobación del lector. El lector existe por más que algunos escritores no lo consideren parte imprescindible de la ecuación. Hay muchos más lectores que editores y no conozco a ningún escritor que piense en su editor mientras escribe a no ser para fantasear —casi siempre de más— sobre el monto del adelanto de su próximo libro.

5) Aquí se plantea el mismo espejismo de las tradiciones. Consulto el diccionario, reflexiono sobre las tres (3) acepciones de la tan vapuleada palabra en cuestión y supongo que toda ficción arrastra la ideología o la falta de ideología —¿forma válida de ideología?— de aquel que la ha escrito. Mi ideología es contar una buena historia de la mejor manera posible. Toda otra "ideología" —al menos dentro de la literatura— me parece meramente decorativa por más que tenga buen gusto.

EL CAZADOR OCULTO

Claudia Bello, ex interventora federal en Corrientes; **Ideler Tonelli**, interventor federal en Corrientes; **Mariano Grondona**, periodista.

MG: Al elogiarlo a él (a Ideler Tonelli) por su imparcialidad, ¿no se da cuenta —o se da cuenta— de que la imagen de él es mucho más imparcial que la de usted?

CB: Bueno, lo que pasa es que yo tengo una larga militancia en un partido político (...) El doctor (Ideler) Tonelli tiene una poca militancia, una adhesión tengo entendido, a la Unión Cívica Radical.

(...)

MG: ¿Usted se da cuenta qué diferencia de imagen política tiene la gente a su respecto, comparado con las intervenciones anteriores?

IT: Yo creo que lo conveniente, cuando se dispone un remedio federal tan extraordinario como es la intervención a una provincia, lo conveniente no es enviar a militantes políticos, que tienen sus deberes de lealtad.

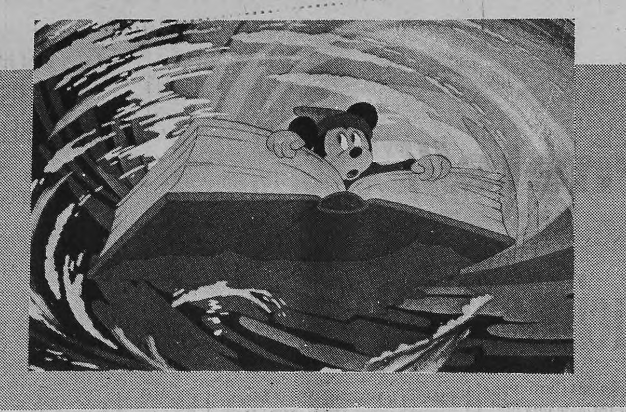
Hora clave. Canal 9. Enero 28, 22.38 hs.

Enrique Rodríguez, ministro de Trabajo.

(Juan) Bialet Masse en 1902 hizo un informe sobre la situación de la clase obrera en la Argentina. 1904, un Código de Trabajo. Después, (Alfredo) Palacios tomó del Código de Trabajo de un conservador —que fue (Julio A.) Roca— muchas de sus leyes, que después fueron realidad.

(El informe de Juan Bialet Masse es de 1904, el mismo año en que el ministro del Interior de Roca, Joaquín V. González, —y no el presidente Roca— presentó su proyecto de Ley Nacional de Trabajo. Este código fue el fruto del esfuerzo y las ideas de los socialistas José Ingenieros, Enrique del Valle Iberlucea y Augusto Bunge, y de Juan Bialet Masse. Por lo tanto, en realidad, fue Joaquín V. González quien tomó las ideas de los socialistas, y no Alfredo Palacios de ese proyecto, que nunca fue sancionado. Eco.)

La mañana. ATC. 27 de enero, 9,43 hs.



Rodrigo Fresán



Nació en Buenos Aires en 1963. Como periodista —en los últimos ocho años— ha escrito en *Página/12*, *Página/30*, *Claudia*, *Clarín*, *Sur*, *Pelo*, *Estación 90*, *Diners* y *Cuisine & Vins*, entre otros medios. Es autor de *Historia Argentina* (Planeta, 1991) —cuyos cuentos han aparecido en antologías argentinas, españolas y británicas— y de *Vidas de Santos*, que será publicado en mayo próximo también por Planeta.

FRAGMENTO del cuento "El descenso a los cielos", de *Vidas de Santos* (texto inédito).

"La bestia que he visto ya no es y siempre —desde el mismo ingreso de los primeros datos a la rigidez circular de mi memoria— supe que quería ser santo. Hablé con los pájaros, trepé a columnas, conocí el delirio amarillo de los ayunos y la caricia de una camisa revestida de púas los días de guardar. (...) Hablo y escribo sobre la persona que fui con la misma interesada desconfianza que otros dedican a la cerradura de sus microscopios para así observar la magnificación de lo desconocido y cotidiano. Hablo y escribo con la soberbia que apenas esconde un terror secreto: todas las historias parecen —por momentos— negar a esa locomotora que las arrastra a una feliz y segura terminal y preferirse vagones sueltos, piezas de una trama que no conoce la dictadura de horarios y pasajeros pero sí la existencia cierta de un destino insospechado y perfecto y final."

RESPUESTAS

1) Como lector puro —aunque siempre supe que terminaría escribiendo— la literatura nunca me "dejó esperando". Siempre estuvo ahí todo lo que necesité para sentirme feliz y privilegiado. Como escritor/lector ambiciono que mi obra despierte en otros la misma felicidad que provocó en mí el impulso de ciertos textos; que cimente la vocación de aquellos quienes, de improviso, se sienten dueños de historias que sólo ellos pueden contar. Y que las escriban. Y leerlas con placer y saludable envidia. Y que la rueda continúe girando.

2) Buscar tradiciones literarias donde pedir asilo me parece cada vez más un ejercicio tan cansador como inútil. Prefiero dejarlo a los críticos y a los académicos. Por otra parte, ¿son las tradiciones aquellos textos anteriores a los que voluntaria o involuntariamente nos parecemos? ¿Son las tradiciones aquellas historias que admiramos intimidados y de lejos sabiendo que nunca podremos hacerlas nuestras, que no somos dignos, pero que aún así nos inspiran? Creo que firmar contrato de alquiler con una determinada tradición acaba limitando y caricaturizando al escritor. A veces me gusta pensar que los mejores libros son aquellos que configuran toda una tradición en sí mismos. O viceversa. Así, *El sueño de los héroes* influyó en mí porque —por perfecto— nunca intentaría escribirlo. Así —por elegir uno de tantos y por razones que nunca comprendí del todo— jamás querría ser autor de *Rayuela*, aunque alguna vez me gustaría poder terminar de leerlo.

3) Creo que el haber leído a los demás escritores de mi generación —no a todos— es el máximo grado de participación que puede sentir un escritor en la obra de otro. Algunos me gustan más, otros no tanto, unos pocos me leen antes de la publicación y me aconsejan casi siempre con inteligencia. Pero nada me parece más imposible que sentirme cómplice o "partícipe" de lo que escriben. Puedo disfrutar la escritura ajena pero nunca sentirme involucrado o responsable. En la escritura, afortunadamente, estamos todos solos y —como bien justificó T.E. Lawrence su predilección por el desierto— me gusta mi oficio "porque es limpio".

4) Pienso en el lector —que hay *en mí*—, intento una suerte de desdoblamiento objetivo donde —si lo que escribo no me resulta particularmente interesante— es obvio que no tiene por qué resultarle interesante a segundos y terceros. No conozco a ningún escritor que —por más que lo niegue— no busque el interés y, finalmente, la aprobación del lector. El lector existe por más que algunos escritores no lo consideren parte imprescindible de la ecuación. Hay muchos más lectores que editores y no conozco a ningún escritor que piense en su editor mientras escribe a no ser para fantasear —casi siempre de más— sobre el monto del adelanto de su próximo libro.

5) Aquí se plantea el mismo espejismo de las tradiciones. Consulto el diccionario, reflexiono sobre las tres (3) acepciones de la tan vapuleada palabra en cuestión y supongo que toda ficción arrastra la ideología o la falta de ideología —¿forma válida de ideología?— de aquel que la ha escrito. Mi ideología es contar una buena historia de la mejor manera posible. Toda otra "ideología" —al menos dentro de la literatura— me parece meramente decorativa por más que tenga buen gusto.

EL CAZADOR OCULTO

Claudia Bello, ex interventora federal en Corrientes; **Ideler Tonelli**, interventor federal en Corrientes; **Mariano Grondona**, periodista.

MG: Al elogiarlo a él (a Ideler Tonelli) por su imparcialidad, ¿no se da cuenta —o se da cuenta— de que la imagen de él es mucho más imparcial que la de usted?

CB: Bueno, lo que pasa es que yo tengo una larga militancia en un partido político (...) El doctor (Ideler) Tonelli tiene una poca militancia, una adhesión tengo entendido, a la Unión Cívica Radical.

(...)

MG: ¿Usted se da cuenta qué diferencia de imagen política tiene la gente a su respecto, comparado con las intervenciones anteriores?

IT: Yo creo que lo conveniente, cuando se dispone un remedio federal tan extraordinario como es la intervención a una provincia, lo conveniente no es enviar a militantes políticos, que tienen sus deberes de lealtad.

Hora clave. Canal 9. Enero 28, 22.38 hs.

Enrique Rodríguez, ministro de Trabajo.

(Juan) Bialet Masse en 1902 hizo un informe sobre la situación de la clase obrera en la Argentina. 1904, un Código de Trabajo. Después, (Alfredo) Palacios tomó del Código de Trabajo de un conservador —que fue (Julio A.) Roca— muchas de sus leyes, que después fueron realidad.

(El informe de Juan Bialet Masse es de 1904, el mismo año en que el ministro del Interior de Roca, Joaquín V. González, —y no el presidente Roca— presentó su proyecto de Ley Nacional de Trabajo. Este código fue el fruto del esfuerzo y las ideas de los socialistas José Ingenieros, Enrique del Valle Iberlucea y Augusto Bunge, y de Juan Bialet Masse. Por lo tanto, en realidad, fue Joaquín V. González quien tomó las ideas de los socialistas, y no Alfredo Palacios de ese proyecto, que nunca fue sancionado. Eco.)

La mañana. ATC. 27 de enero, 9,43 hs.

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Escrito en las estrellas*, por Sidney Sheldon (Emecé, 18 pesos). Lara Cameron es una mujer que se esmeró mucho para estar donde está. El oscuro pasado que trata de ocultar no impide que su fortuna crezca vertiginosamente. Pero en tan esplendoroso medio alguien planea una venganza con irremediables consecuencias para la vida de la protagonista.	2	14
2	*Los amantes*, por Morris West (Vergara, 12 pesos). Una historia donde el amor lucha contra las reglas y los compromisos de una sociedad que da más importancia a los intereses materiales que a los sentimientos.	1	9
3	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	5	27
4	*El ojo de la patria*, por Osvaldo Soriano (Sudamericana, 15 pesos). La nueva novela de Soriano cuenta las peripecias de un agente confidencial destacado en París cuya misión secreta —la "Operación Milagro Argentino"— consiste en repatriar a un prócer de la Independencia reacondicionado en una morgue de Viena con un chip de invención nacional.	3	10
5	*Cuatro después de la medianoche*, por Stephen King (Grijalbo, 34 pesos). El maestro del terror, autor de *La zona muerta* y *Cementerio de animales*, vuelve a mostrar su escalofriante genio en estas cuatro novelas cortas.	4	8
6	*El fantasma de Harlot*, por Norman Mailer (Emecé, 32 pesos). Seis años demoró Mailer en escribir este magnífico retrato del alma norteamericana a través de la historia de un hombre de la CIA, mezclando personajes ficticios con reales.	8	6
7	*El ultimátum de Bourne*, por Robert Ludlum (Grijalbo, 29,50 pesos). Las ciudades se suceden a medida que crecen las confusiones, las persecuciones y las intrigas en esta novela de suspenso con todo y servicios de inteligencia.	6	8
8	*Salsa criolla*, por Enrique Pinti (Planeta, 10 pesos). El texto de la obra teatral que se convirtió en un fenómeno singular —lleva 2500 representaciones, más de tres millones de espectadores— por su constante readaptación a la historia argentina presente, adopta ahora forma de libro.	—	1
9	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucitó esta novela publicada hace nueve años, en la que Duras narra con su prosa seca y luminosa el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	10	20
10	*Vigilia del Almirante*, por Augusto Roa Bastos. El autor de *Yo el Supremo* y ganador del Premio Cervantes recrea un relato de ficción impura donde el lector es el verdadero autor de la obra que reescribe al leer.	7	14

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Poderes*, por Víctor Sueiro (Planeta, 14 pesos). Niños que realizan viajes astrales, curas súbitas e inexplicables y apariciones de la Virgen de San Nicolás son algunos de los sobrenaturales temas de este libro.	2	12
2	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Urano, 11,80 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	84
3	*La guerra de los sexos está por acabar*, por Gabriela Acher (Planeta, 11 pesos). La reconocida actriz vuelca el humor de sus personajes por escrito, para referirse una vez más a "la infinita variedad de temas que interesan a la mujer, o sea: el hombre".	4	2
4	*El posliberalismo*, por Mariano Grondona (Planeta, 15 pesos). Grondona analiza la crisis de la democracia en ciertos países ricos y examina los diferentes modelos de Estado para establecer si el régimen democrático es la meta final o si existe una forma ulterior, la posdemocracia.	1	12
5	*El miedo a los hijos*, por Jaime Barylko (Emecé, 12 pesos). Análisis de la responsabilidad que los padres tienen en el crecimiento y en el desarrollo intelectual de los hijos, responsabilidad que puede ser afectada gravemente por el miedo.	10	6
6	*De mujeres, varones y otros percances*, por Cristina Wargon (La Urraca, 10 pesos). La autora de *El descabellado oficio de ser mujer* confirma en esta especie de manual sobre el trato entre sexos que el feminismo no carece de sentido del humor.	9	3
7	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). A través de cinco personajes se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno, en una investigación que quiere revelar quiénes ejercen el poder real en el país.	5	43
8	*Para ser una mujer,* por Martha Mercader (Planeta, 16 pesos). Lejos del bolero, la escritora reflexiona en su autobiografía, con la historia reciente de este país y del mundo, sobre el rol de la mujer en la sociedad y su relación con la libertad y el amor.	7	7
9	*Cuba existe*, por Rodolfo Livingston (La Urraca, 12 pesos). Subtitulado *Es socialista y no está en coma*, el libro reúne una serie de charlas que el autor ofreció en la Casa de la Amistad Argentino-Cubana, sobre sus experiencias en la isla.	—	3
10	*La cultura de la satisfacción*, por John Kenneth Galbraith (Emecé, 15 pesos). Figura mayor de la economía contemporánea, John Kenneth Galbraith analiza y denuncia el egoísmo y la ceguera de los prósperos.	—	16

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe (Capital Federal), Garabombo (San Martín); El Monje (Quilmes); El Aleph (La Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías se cotejan con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Marta Morazzoni: **Casa materna** (Tusquets). Una madre y un hijo que apaciblemente se encuentran una vez por año; una jardinera joven que complica el rito. Historia sencilla con personajes complejos y prosa casi clásica, esta novela de la autora de *La joven de la perla* confirma que los escritores italianos surgidos a la sombra de Calvino, Sciascia o Pasolini honran a sus mayores.

George Steiner: **La muerte de la tragedia** (Monte Avila). Reedición que cierra los años de ausencia de un texto capital de Steiner, donde analiza la desaparición de la forma tragedia después de Shakespeare y que le sirve para reflexionar, con una mezcla de erudición, irritabilidad y seducción, sobre el mundo actual.

Jaime Alazraki (compilador): **Jorge Luis Borges** (Taurus, colección El escritor y la crítica). Pedro Henríquez Ureña, Adolfo Bioy Casares, Ernesto Sabato, Enrique Anderson-Imbert, John Updike, Maurice Blanchot y George Steiner —entre otros— reflexionan sobre la obra borgiana en una edición acompañada con bibliografías de y sobre el autor, muy completas.

Carnets///

ENSAYO

Minuciosos y diletantes

SOBRE
LA MISERIA
DE LO BELLO
Estudios sobre literatura y arte
Rainer Gruenter
gedisa
Estudios Alemanes

SOBRE LA MISERIA DE LO BELLO. ESTUDIO SOBRE LITERATURA Y ARTE, por Rainer Gruenter. Gedisa, 1992, 256 páginas.

Para Ernst Robert Curtius escribir la historia de una literatura era la tarea que coronaba toda vida de filólogo. Pero la formulación misma deja ver que ese estado de las cosas no es ya el que le tocaba vivir. La gran tradición de la *historia literaria narrativa*, que había comenzado en el siglo XVIII y en Alemania con Winckelmann y los Schlegel, encontró una creciente y extendida insatisfacción, que se manifestó plenamente en el período de entreguerras.

La historiografía narrativa se caracterizaba por proveer una trama y un punto de vista únicos, por la selección arbitraria de detalles entre posibilidades casi infinitas, y por la construcción de una coherencia y una continuidad a partir de acontecimientos discretos e inconexos. Este carácter aproximativo no se le ha escapado a Rainer Gruenter, quien pone siempre en un primer plano el dinamismo del proceso, por delante del deseo de trazar líneas evolutivas.

En "Cómo, por qué y con qué fin me dediqué a la historia de la literatura" (la introducción programática a los trabajos de historia literaria recopilados en *Sobre la miseria de lo bello*), Gruenter propone, para esa insatisfacción, dos causas opuestas y complementarias. En primer lugar, el factualismo atomista de mucha erudición literaria, que Gruenter llama con el nombre de la virtud correspondiente a ese vicio: *minuciosidad*. A esta microscopía en cada detalle se opone la causa contraria para el descrédito de la disciplina: la falta de foco —que Gruenter llama *diletantismo*—. En 1921, Roman Jakobson podía comparar al historiador de la literatura con el policía que, cuando se le ordenaba arrestar a una persona, arrestaba también a todos los que estuvieran en la casa o pasaran por la calle, y secuestraba todos sus bienes.

Las limitaciones nacionales y los compromisos nacionalistas de una gran parte de la historia literaria, particularmente en Francia y Alemania, constituyen otra causa, más activa y menos *metodológica*, de la situación actual. Gruenter no la menciona, quizás porque él mismo sucumbe a ella (aunque no a su remedio académico, la *literatura comparada*): le sorprende haber aprendido a leer con filólogos romances y no en la germanística, que habría de ser su campo. Entre los romanistas destaca el nombre de Erich Auerbach, cuya *Mimesis* (1946), esa historia de la realidad representada en la literatura —desde Homero hasta Virginia Woolf— es sin duda la obra más brillante que ha dado la historia literaria.

Gruenter parece seguir una estrategia auerbachiana cuando elige los textos sobre los que ha de escribir. ¿Quién ha leído, salvo muy pocos especialistas, sobre la teología de Goethe, tan sospechosa, al menos, como la de todos los intelectuales demasiado próximos al poder? ¿O los viajes del príncipe Pückler-Muskau por Inglaterra? Sin embargo, esta última elección le permite a Gruenter combinar una historia cultural del viaje con la presentación de la figura del príncipe como literato —y no en función de mecenas, según resulta más familiar—. Un criterio de representatividad que no reposa necesariamente sobre certezas transmitidas, y que sólo la lectura de los artículos vuelve persuasivo, rige así la selección de textos (de Hebbel a Celan) o de tópicos (como el estudio sobre las metáforas eróticas de libro). A pesar de la reconocida deuda con Auerbach, Gruenter suele ser mejor en la tarea más clásica de la filología: la explicación concebida como apología del ser-así del texto. El último estudio, sobre Oscar Wilde, fracasa en su intento de ser sólo una silueta y construir una figura de escritor sobre el fondo de la Inglaterra victoriana. No se encontrarán en Gruenter, por cierto, los habituales elogios para las irregularidades en el proceso de lectura. Está siempre atento a los antiguos peligros de la universidad en la profesionalización de la lectura: ¿Qué hubiera pasado con el modo de leer de Hofmannsthal si hubiera ocupado finalmente el cargo de ordinario de Romanística en Viena, qué con Walter Benjamin si hubiera sido profesor?

Los sucesivos artículos evitan la jerga; antes sorprenden por la precisión que por su terminología. Las alusiones, que nunca son un chiste contra el lector común, pueden ser recónditas. Sin embargo, Gruenter no adopta el tono profesoral de quien recapitula algo que deberíamos haber leído en otra parte pero, según cree, no leímos.

Más allá de los minuciosos, que eran más divertidos, y del triunfo, en la intriga universitaria, de los diletantes, que de ninguna manera muestran mayor tolerancia, Gruenter consigue hacer una crítica política por sus resultados y no por sus puntos de partida: la filología debe convertirse "de una forma privada de vida en una forma pública de resistencia".

ALFREDO GRIECO Y BAVIO

FICCION Y ENSAYO

Retrato de un artista enamorado

GIACOMO JOYCE, por James Joyce, prólogo y versión anotada de Liliana Heer y J.C. Martini Real, edición bilingüe, Bajo la Luna Nueva, 1992, 104 páginas.
CARTAS DE AMOR A NORA BARNACLE, por James Joyce, prólogo de Luis Thonis, traducción de Felipe Rua Nova, Editorial Leviatán, 1992, 126 páginas.

En 1909 un profesor irlandés se traslada a Trieste. Entre sus alumnos de inglés está Ettore Schmitz, más conocido como Italo Svevo, cuya escritura, olvidada entre frustraciones, el profesor alienta. Intercambiarán luego por varios años, una correspondencia que habla entre otras cosas de una obra del maestro: *Retrato del artista adolescente*. El maestro se llamaba James Joyce, y se dedicaba también a traducir a su admirado compatriota John M. Synge al italiano, dar conferencias sobre clásicos ingleses y, sobre todo, escribir

El interés por el misterio encerrado en los idiomas lleva a Joyce a explorar también dos lenguas entonces casi muertas: el gaélico y el hebreo —un origen, una raza, una nación—. En este vértigo de palabras traduce su nombre de pila, y compone un texto denominado *Giacomo Joyce*. Es que había también una alumna: Miss Popper. Los encuentros, impresiones, sensaciones y temblores que le acontecen en contacto con esa joven, hija de Leopold Popper, el anciano de cara "hermosa, sonrojada, de fuertes rasgos judaicos y largos bigotes blancos", arman un conjunto de fragmentos cargados de alusiones futuras. Leopold Popper remite al Leopold Bloom del *Ulysses*, y las inferencias y comentarios, a un *work in progress*: la escritura de Joyce entre sus citas de Dante, Brunetto Latini o Shakespeare.

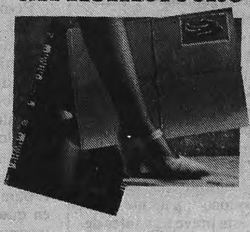
La edición prologada, anotada y comentada por J.C. Martini Real y Liliana Heer no sólo recoge estos indicios; respeta también, en el diseño de las páginas, la distribución foliada del manuscrito, que entre notas breves y blancos *espacializa* las súbitas emergencias del deseo —*epifanías* de Joyce—, y se atiene, respetuosamente, a la traducción al castellano realizada hace años por Alfredo Matilla, pero ofrece también el texto en inglés. Esto permite comprobar el encadenamiento sutil de las frases con que ese "traficante de gerundios", como decía Svevo, indagaba el lenguaje que expresara la más escondida pasión, desde el fondo de la lengua. Casi al final aparece en angustiosa invocación otro nombre: Nora. Se trata de Nora Bernacle, la esposa de Joyce. Entonces otro texto viene a iluminar esa relación atormentada y gloriosa: *Cartas de amor a Nora Bernacle*, en una edición prologada por Luis Thonis.

La marcada impronta autobiográfica de los dos textos se expande en la conformación de un mundo literario que intenta arrancar de las palabras todos los sentidos posibles viviéndolas en un conflicto constante contra el dogma, la mentira, los impulsos a ocultar y el amor. Irlanda, la Mujer, la Religión y la Muerte. Los trabajos introductorios de ambos libros subrayan el incesante *pathos* que se mueve entre dificultades económicas, enconos, celos, lujuria y ascetismo, todo a un tiempo.

Otro profesor irlandés, en noviembre del año pasado —según comenta el diario inglés *The Guardian*—, encontró un conjunto de cuentos inéditos de Joyce que pertenecerían a una serie llamada *Finns Hotel*, his-

FICCION

Cuarteto de temas



LA MUERTE DE UN HOMBRECITO, por Juan Carlos Martelli. Planeta, 1992, 216 páginas.

Raymond Chandler escribía en carta del 5 de febrero de 1951 a Hamish Hamilton sobre las obras de ficción: "La idea y la situación que resulta de la idea están muy bien; pero, ¿qué pasa a continuación? ¿Cómo se da vuelta la esquina?... Si alguien llegara a despertarse a la mañana y descubriera que mide 25 centímetros, no le interesaría cómo le ocurrió eso sino qué es lo que va a hacer ahora...".

Es decir, basar todo acontecimiento fantástico dentro de una realidad que abarque tanto a personajes, como a ambientaciones y atmósferas. Alguien real en un mundo real. De esto se trata. Juan Carlos Martelli ficcionando un creíble hombre sin nombre, empresario de una bodega que recibe la visita de un Crespo real, pequeño y poderoso hombrecito (el mismo que muere y no muere) que esgrime un sobre real con una cantidad de dólares que fluctúa locamente y desata una persecución real sobre cafishios, tramposos, pesados y noctámbulos reales.

La ciudad es ésta, el idioma es éste. Luces y disparos que se palpan todas las noches realmente. Allí Martelli construye su historia para decir que existen cuatro constantes en el universo de todos: el poder, la traición, la violencia y la memoria.

Ya lo había anticipado en sus obras anteriores (*Getsemaní*, 1963; *Persona pálida*, 1967; *Los tigres de la memoria*, 1974; *Gente del sur*, 1976; *El Cabeza*, 1977; *Los muros azules*, 1986). Lo ocultó por un momento en su penúltima novela: *Debajo de la mesa* (1987), sólo como una forma de respiro para volver sobre estos temas en *La muerte de un hombrecito*.

Novela policial, puede decirse apresuradamente. Novela Martelli cuyas características plantean, siempre, aquellas cuatro reglas humanas.

El poder. Uso y abuso de una autoridad que se mueve entre la marginalidad y la legalidad. Desde el Estado que es a su vez transgresor de su mismo poder hasta los matones y sus patrones, innombrables en la oscuridad.

La traición. Entendida también como simulación y hartazgo de la falsedad de los actos cometidos. Una traición que se opone a la supuesta verdadera fidelidad de la mafia, la que paga una "agachada" con la muerte.

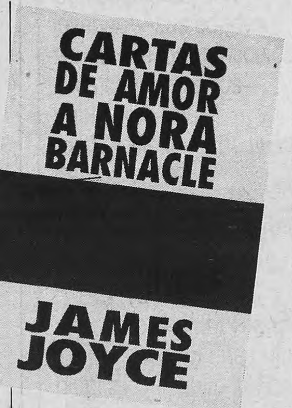
La violencia. Forma característica de vida en los personajes de Martelli que se mueven entre otros personajes reales. Violencia que puede ir desde el asesinato hasta el erotismo, desde el hambre hasta los sueños. Nadie es bueno o malo. Simplemente se es, y ese ser se demuestra indefectiblemente en la violencia.

La memoria. Percepción de un mundo donde ayer había otra cosa. Modificación de un pasado desde el presente constante de sus novelas. Una memoria que plantea encuentros y desencuentros, conflictos y descubrimientos, amores y desamores.

La muerte de un hombrecito busca la realidad. Contiene asesinatos, pero ¿es eso la novela policial? Contiene chantajes, defecciones y engaños, pero ¿es eso la novela policial? Un recorrido planteado en términos de seguimiento, con relaciones mortales y triángulos amorosos, con autos que derrapan sobre el pavimento húmedo a las tres de la mañana y sirvientes mudos que sólo obedecen órdenes. Irse, tomar distancia de los hechos para encontrar la verdad es el camino del hombre sin nombre, empresario envuelto en una historia que no le pertenece y que de repente, por arte de magia, por arte de realidad se le construye como propia.

Martelli, luego de un silencio editorial de cinco años, demuestra con su última novela que el género policial, al menos en este país, es una mesa arbitraria en donde comen con demasiada frecuencia poderosos y marginales, unos y otros, escribiendo una historia que, olvidada y recordada, centra su atracción en el suspenso. Ese suspenso que hace preguntar al lector, al escritor y al personaje qué pasará en el próximo capítulo. Así, hasta el final, a lo Martelli.

MIGUEL RUSSO



tóricamente situados entre el *Ulysses* y el *Finnegan's Wake*. Este dato no hace sino acrecentar el interés que Joyce sigue despertando, como lo prueban estas dos ediciones que —en sus modalidades particulares: detallada, bilingüe y anotada una, documentación y comentada la otra, interpretativas ambas— exploran la textualidad menos conocida de quien en la herejía sostiene la religión y el amor, el autor siempre nuevo de *Dubliners*.

SUSANA CELLA

BIOGRAFIA



La verdad de un carácter

YO NECESITO AMOR, por Klaus Kinski. Tusquets, colección La Sonrisa Vertical, 412 páginas.

La autobiografía del actor alemán Klaus Kinski construye su interés sobre dos decepciones. La primera para los amantes de sus estupendas actuaciones en las películas de Werner Herzog —*Aguirre, la ira de Dios; Woyzeck; Nosferatu*—, para quienes el libro reserva escasa información y esporádicas reflexiones sobre su métier y su relación tormentosa con el cine. La otra les aguarda a quienes se dejen influenciar por el tono sonrosado que exhibe la colección de material erótico en que se publica. No es que falte el habitual repertorio de follajes, pollas y coños, sino que por el contrario, abunda hasta el exceso y se convierte en una avalancha en la que se nota la ausencia de la morosidad que construye el acto erótico. En ese sentido, Kinski exhibe la brutal seguidilla que debe habitar la memoria de un semental, una especie de catálogo indiferenciado de nombres y órganos genitales.

A partir de estas decepciones es posible descubrir a un hombre que si bien escribía de más, lo hacía con una notable habilidad. Justamente porque no se propone describir las glorias y miserias de una vida profesional llena de altibajos ni tampoco convocar las fantasías sexuales de ocasionales lectores. *Yo necesito amor* tiene mucho que ver con la desgarrada subjetividad que transmite su título. Es un diario personal que no siente la necesidad de fijar fechas, sino la continuidad y la persistencia de un carácter. Kinski construye su personaje con la misma brutalidad con que actuaba en la pantalla. Y la brutalidad, cuando se la maneja con pericia, puede convertirse en una estética.

En Kinski la violencia, la compulsión a la relación sexual y al conflicto operan sobre un vacío, que se hace claro en los primeros capítulos referidos a la infancia: la percepción del afecto como desesperación retratada en la angustiosa relación que mantiene con su hijo. Y para poder contar esto, Kinski, como un aggiornado romántico alemán, insulta sin imaginación ni límite (ver los capítulos dedicados a Herzog a quien desprecia profundamente pero con quien vuelve una y otra vez), se conmueve, exagera, se lamenta, como un ser solitario sin remedio. Y además transmite su vida como un mosaico episódico, discontinuo, en el cual los personajes aparecen y desaparecen como en un torbellino.

Si se puede creer en una autobiografía —y pocas como ésta incurren en la inverosimilitud de la exageración permanente— la que terminó de escribir Klaus Kinski poco antes de morir apunta a mantener la verdad de un carácter, más que a un registro de hechos y peripecias, aunque el libro parezca ofrecerlos sin cesar. Lo que hay en *Yo necesito amor* es un movimiento constante, enfurecido, temeroso, conmovido y al que Kinski le puso como envase su propio nombre, al fin y al cabo, como un verdadero actor.

MARCOS MAYER

LOS MENORES VISTOS POR UN MAYOR

Lo bueno, si nuevo

ALICIA STEIMBERG

Libro Uno

Borges ha muerto, ¡viva Borges! Ni me molesta ni me opongo. Entre los jóvenes autores que leí o releí para esta nota encuentro uno que es Borges redivivo. ¿Por qué no, si le gusta? A mí también me gusta, y mucho. No adhiero a la estúpida idea de que se debe escribir de acuerdo con el tiempo en que se vive, porque, ¿cuál sería esa manera de escribir? Sé que hay pequeños grupos de escritores jóvenes que proponen, o en todo caso reconocen algo en común entre sus obras, algo vagamente relacionado con la televisión, los ritmos musicales del momento, la amenaza de una guerra total y un cierto vacío argentino que produce vértigo. Pero como en esos grupos suele haber un escritor que me gusta y cuatro que no, y aquí lo único que vale es mi opinión (no hay muchos momentos en que pueda sentirme dueña de algo, pero éste es uno: soy dueña de mi opinión), me abstengo de hablar de tendencias; voy a hablar únicamente de libros.

La consigna es no nombrar autores ni títulos: de acuerdo. El que llamaré *Libro Uno* podría haber sido escrito por Borges, y es tremendamente interesante. Es la clase de libro que tiene al lector en vilo todo el tiempo preguntándose: "¿Con cuál de los personajes se identificará el autor?", "¿a cuál me parezco yo?", es decir que se recorre el camino de la lectura hombro a hombro con el autor (el autor de este libro es un hombre, aclararé en cada uno de los ejemplos si se trata de un autor o una autora, como contribución al debate endémico sobre escritura femenina y escritura masculina; no creo que sirva de mucho, pero por las dudas).

Sí, el autor del *Libro Uno* es un Borges, aunque Borges se hubiera asombrado de ver aparecer en el texto algunas obsesiones colectivas de nuestro tiempo que no existían en su juventud, pero habría que preguntarse si Borges fue joven alguna vez. El joven que escribió este libro es joven, tan joven como los que se proclaman escritores a una edad en que a mí hasta me daba vergüenza decir que escribía. Pero, como dicen los chicos: ¿qué es mejor? ¿Es mejor tener vergüenza o no tener vergüenza? Tal vez este joven escribe como Borges porque le da vergüenza escribir como él mismo escribiría si no escribiera como Borges. El futuro dirá si se anima. Si sigue escribiendo como Borges, cuando intente escribir como él mismo tal vez sienta que escribe como un cuadrúpedo, y con las patas traseras.

Los personajes principales del *Libro Uno* son muy jóvenes, mucho más jóvenes que el autor, pero son tan viejos, o al menos tan maduros, como debió ser Borges cuando era joven. El autor está muy lejos de acogerse a cualquier estereotipo del joven de hoy, y a cualquier estereotipo en general, excepto, naturalmente, al gran estereotipo del gran Borges. ¿Soy demasiado insistente en traer aquí a Borges y volver a traerlo? Creo que en todo caso el insistente es nuestro autor.

Es gracioso, pero esto es una novela y Borges no escribió novela; sin embargo el relato está dividido en pulcros segmentos que, en realidad, son cuentos. Conozco el recurso, porque yo también lo he usado. No sé si es válido, pero, ¿quién habla aquí de la pureza de los géneros?

Libro Dos

Goza, joven, de tu juventud. Escrito por una mujer. No hace falta que diga que me gusta mucho, porque de otro modo no lo estaría, en este caso, releyendo. Esta joven autora también hace honor, y mucho honor, al lenguaje de sus mayores. No es un émulo, o una émula de Borges, pero su castellano-rioplatense es irreprochable y *nada innovador* (aquí no puedo dejar de recordar el viejo chiste: "¿Y eso es bueno o es malo para un judío?". La autora no es judía que yo sepa.

A diferencia del personaje-narrador del *Libro Uno*, que gusta de los ambientes circunscriptos, las habitaciones modestas, los pueblos pequeños, a la autora de este libro le gusta el camino, tiene la buena vocación del linyera: lo que tiene lo vende o lo da con tal de seguir caminando, es decir seguir contando la historia, y si no puede resolver el hambre, resolverá, aunque sea por un momento, la angustia.

A esta conciencia le importa mucho de sí misma. Pero es interesante lo que dice. Se preocupa muchísimo por encontrar la mejor línea de acción, la mejor manera (supongo que de narrar), pero tiene el buen tino de regresar a tiempo al relato de las cosas que pasan en ese inacabable camino suyo (inacabable no, por supuesto, pero ¿para qué vamos a recordárselo si todavía se maravilla tanto cuando encuentra una piedra con mica?). Esta es una joven que no reniega de su juventud. Goza, joven, de tu juventud, dice el Eclesiastés.

Una cabeza pensante a quien yo respeté mucho en otro tiempo solía decir (y no refiriéndose a la literatura): "Temas hay cuatro: madre, padre, homosexualidad y muerte". Siempre me pareció curiosa la selección, pero creía (en aquellos tiempos) que él se refería a los temas de los que más cuesta hablar: si se llega a hablar en profundidad de ellos es como haber alcanzado la cumbre de una montaña o haber bajado al centro de la Tierra. También pensé que la cabeza aquella no podía ignorar que hay otros temas, pero que seguramente los consideraba subsidiarios de los Grandes Cuatro. Sea como fuere, la autora del *Libro Dos* no vacila en abrazar el Segundo, le es fiel y no se avergüenza de que sea, o parezca, una obsesión. ¡Pobre del que quiere ser escritor, así como otro quiere ser doctor o bombero, y cree que es necesario *cambiar de tema*!

Un lector desprevenido podría pensar que esta chica (el personaje-narrador del *Libro Dos*) no quiere a nadie, y que todos los demás personajes, incluso el Segundo de los Cuatro Grandes Temas, son para ella más que nada materia de estudio; todo el tiempo tiene que estar *descubriendo* cómo son. Supongo que cuando sepa muy bien cómo son, procederá a abandonarlos y a iniciar otro libro. ¿Por qué sí o por qué no? Carece de sentido preguntarlo, porque el cometido principal está cumplido: el lector quiere seguir leyendo.

Libro Tres

Lo actual. Con los libros de cuentos sucede que las personas desorganizadas y ansiosas como yo se dan el gusto de no respetar el orden que presenta el libro. Este libro (escrito por un hombre) ya lo tuve en mis manos y lo sometí a ese trato irrespetuoso, leí un cuento acá, un pedazo de cuento allá, descarté títulos que no me atraían, y de pronto me encontré con un personaje, una muchacha, que descubre que si no está decididamente loca poco le falta.

Todos tenemos la costumbre de decir de vez en cuando "yo soy loco"; a mí me enseñaron a someterme a este breve test antes de volver a hacer esa afirmación: "¿Tiene usted alucinaciones?" (Respuesta: "No"). "¿Oye voces?" (Negativo). "¿Siente que su cuerpo está partido en pedazos?" (Negativo). No es que el test sea muy tranquilizador, pero en todo caso en el futuro uno se cuidará de decir "soy loco" a cada momento. El caso de la muchacha del cuento parece ser fronterizo, porque la muchacha no oye una voz que no existe, sino que oye una voz que existe, pero confunde la fuente de esa voz, y la confunde, yo diría, gravemente, pero no puedo dar más detalles porque revelaría, para quienes lo han leído, la identidad del libro y del autor. Lo que me importa es que apareció el temita; si yo no me hubiera quedado tan prendida de la afirmación del Gran Cabeza antes mencionado de que los temas son cuatro, diría que casi no hay escritor de ficción digno de ese título que no haya sentido alguna vez el roce frío y pegajoso de la locura (después de todo tal vez los temas sean cuatro, no más. No cuesta nada creer que el de la locura sea un tema subsidiario de la madre, el padre...). En ese punto interrumpí, complacida, la lectura, y me senté a escribir esto que están leyendo.

Excelente relato, excelente lenguaje, más situado en lo que podríamos llamar *lo actual* (lo convencionalmente actual): un aeropuerto, una muchacha que toma un avión, una muchacha de la que el lector podría decir, pero, che, qué histérica, pero, che, qué perturbada, pero, che, ¿qué le pasa a ésta? ¿No tendrá un Valium en la cartera?

Pero, volviendo a *lo convencionalmente actual*, es evidente que nunca servirá de marca distintiva a la literatura. Dentro de muy poco tiempo la escena de la muchacha perturbada en un aeropuerto será tan "de época" como la de aquella que tomaba un tren en Valladolid, el rostro oculto por un espeso velo negro...

El cuento es un buen cuento, aunque el final es un poco flojo; no se corresponde con el punto brillante en la mitad de la historia en que la muchacha teme estar loca en el aeropuerto.

Pero vuelvo a mi prejuicio de que los jóvenes deberían escribir algo novedoso. Creo que éste es el momento de revisar mi prejuicio. ¿Por qué han de ser los jóvenes los que aporten algo nuevo? ¿No sería más lógico esperar que las cosas nuevas, literariamente nuevas, las aporten los que tienen más experiencia, más años encima de este manoseado acto de escribir? Por supuesto que es absurdo asignar tareas, cada escritor hace estrictamente lo que puede, y si de pronto produce algo nuevo en el sentido que digo, para él es como lo del burro flautista; son los demás los que creen ingenuamente que mientras estaba sentado en un banco de un parque se le ocurrió una "innovación literaria" y corrió a su casa a ponerla en práctica.

Lo más que podemos esperar es que ciertas modalidades, ciertos detalles que a los treinta años del escritor todavía no tenían contornos muy claros, se vayan configurando con el tiempo como rasgo distintivo que haga que lo reconozcamos entre otros. No olvidar que no somos bailarines ni jugadores de fútbol. Nuestras carreras no empiezan tan temprano y tampoco terminan tan temprano. Un escritor no se retira nunca; valga por los que han seguido y siguen escribiendo hasta el último día de sus vidas.